

LA MEMORIA POSIBLE

Y también recuerdo cómo tuvimos que dejar aquella casa en el malecón. Un otoño lluvioso, el olor a naftalina y a polvo, el pasillo abarrotado de bultos de libros, de envoltorios, maletas, sacos y paquetes [...]. Permanezco indeciso ante un mapa de España. ¿Me lo llevo o lo dejo? Hace siete meses que ha caído Madrid. Se acabaron las exaltadas preocupaciones, ya he quitado las banderitas [...]. No, me lo llevaré. Arranco las chinchetas, quito el mapa y lo doblo en ocho pliegues de modo que forma un folleto bastante abultado. Puede guardarse en el bolsillo del abrigo. Aún conservo el mapa entre mis libros. Han pasado muchos años, pero no lo he vuelto a abrir. Pero un objeto que ha absorbido en sí tantos sufrimientos y pasiones infantiles no puede perderse definitivamente.¹

Cuando Yuri tuvo que abandonar aquella casa del malecón (*Domna naberezhnoi*), en la que había pasado su infancia y adolescencia, en su mente se agolparon numerosos recuerdos y sensaciones. Recordó hechos, días, lugares, juegos, miradas, conversaciones, nombres. Sobre todo nombres. Los de sus amigos, Dima, Liovka, Antón y, especialmente, Sonia, con quienes había compartido tantas cosas y había vivido sus primeras experiencias. Allí estaban, como fosilizados, acompañándole, observando todo lo que salía de aquella casa en ruinas, esperando para despedirse, infundiéndole ánimos aun en el silencio más absoluto, mientras él recogía sin ganas, junto a su familia, para marcharse sin saber cuándo volvería o cómo sería su nuevo hogar. Corrían malos tiempos. En Moscú se pasaba hambre, ocurrían cosas inexplicables, desaparecía gente, no era fácil encontrar un buen trabajo, en vez de aire lo que se respiraba era un miedo helado. Yuri y sus amigos, aunque él entonces no lo podía saber, volverían a encon-

trarse años después y ninguno se reconocería. Sus vidas siguieron caminos muy distintos. Al final, todos acabaron donde no pensaron que acabarían: los que de adolescentes no parecían tener futuro y eran malos estudiantes acabaron ocupando buenos puestos y formando una familia. También se convirtieron en lo que no eran: los más honrados acabaron vendiéndose al régimen y olvidándose de sus principios para poder sobrevivir.

Aquella tarde en la casa del malecón permanecería para siempre en la memoria de Yuri, porque marcó el inicio del fin. Mientras subía y bajaba las escaleras con cajas llenas de libros y aquel mapa de España, probablemente pensó en el curso escolar 1937-1938, el último de los 10 años que pasó en la escuela. Quizá se acordó de que ese año previo a la Universidad la escuela fue muy distinta a la de años anteriores. En ese curso había otros niños extranjeros, más pequeños que él, que no entendían bien el ruso, vestían uniformes muy nuevos y tenían un aula reservada sólo para ellos, donde un gran mapa (su mapa, el que ahora tenía en las manos), cuyos contornos no logró al principio identificar, colgaba de una de las paredes, adornado con banderitas rojas y azules. Más tarde, el maestro les explicó que esos nuevos compañeros de escuela eran niños españoles que habían tenido que huir de su país debido a una guerra que desde hacía varios meses enfrentaba a hermanos entre sí: como si Rusia se dividiera de nuevo en dos y los rusos lucharan unos contra otros, como había ocurrido durante la Revolución. Sólo que en la guerra de España no sólo había españoles y, por eso, el camarada Stalin estaba ayudando a los republicanos, porque habían sido atacados por un enemigo común que amenazaba a Europa: el fascismo.

Las guerras sólo son lícitas, les había explicado el maestro, si su fin es liberar a un pueblo de la opresión a la que está sometido. Yuri luego entendió que cada uno contaba la historia a su manera y que había quienes pensaban diferente de su maestro. Así que, en definitiva, e independientemente de las interpretaciones posibles y contrarias, Rusia estaba ayudando a los republicanos españoles y a su causa, como otras potencias estaban ayudando a los franquistas. Stalin les enviaba hombres, aviones, víveres... Pero, además, ofrecía su amparo y protección a quienes corrían peligro si permanecían en esa España partida en dos. Por eso estaban allí los niños españoles. Porque el pueblo ruso los iba a cuidar mientras sus padres derrotaban al fascismo. Entonces volverían a su casa y a su escuela.

El mapa de España que conservaba Yuri era el mejor recuerdo de aquellos años que muchos niños rusos habían compartido con los niños españoles evacuados a la Unión Soviética durante la Guerra Civil española. Cuántos días había visto a los camaradas españoles contemplándolo, con el corazón en un puño, mientras llegaban las últimas noticias de su país a través de la radio y la prensa. Cuántas emociones y vivas en los avances del ejército republicano, cuántas lágrimas en sus derrotas. Hasta que se terminaron las banderitas rojas y todos dejaron de mirar el mapa de España. Allí se quedó, prendido en la pared de la clase, olvidado. Yuri comprendió después que ningún niño español lo quisiera. Tantas esperanzas puestas en ese pedazo de papel, tantos sufrimientos geográficos. Era una carga demasiado pesada para llevarla a cuestas durante toda la vida.

Como Yuri Trifonov, muchos de los niños españoles evacuados durante la Guerra Civil a países extranjeros que todavía pueden contar su experiencia recuerdan también esos mapas de España que colgaban de las paredes de sus escuelas y de los hogares en los que estuvieron refugiados hasta el fin de la contienda. Algunos pudieron volver entonces, sobre todo aquellos cuyos familiares no se habían significado demasiado ideológicamente y que tuvieron la suerte de ser evacuados a países europeos, como Francia, Bélgica, Suiza, Dinamarca o Inglaterra. A otros, sin embargo, la victoria de Franco los abocó a un exilio de por vida, como los que fueron acogidos por Rusia o México, cuyos dirigentes no reconocieron la legitimidad del régimen franquista y cuyos padres, en su mayoría militantes comunistas, socialistas y anarquistas, sufrieron las consecuencias de la derrota en sus múltiples manifestaciones.

De todo ello habla este libro: de niños, de guerra, de exilio y de cómo el paso del tiempo ha hecho posible recuperar la memoria de aquella época gracias a los testimonios y recuerdos de quienes vivieron en una España en guerra que, en 1937, cuando comenzaron las evacuaciones de niños al extranjero, empezaba a sufrir los efectos de una contienda que se preveía larga y cruel, en parte debido a la intervención de terceros países.

España se convirtió en un campo de batalla. Las bombas dejaron de distinguir entre edificios civiles y militares, entre hombres y mujeres de armas y el resto de la población indefensa y no combatiente, incluidos los niños. La guerra invadió y transformó el mundo infantil. Muchos niños sufrieron por vez primera la separación de sus familias

al ser evacuados de las zonas de riesgo; vieron cómo la violencia y la venganza se adueñaban de sus calles y sus barrios; fueron el blanco, en ocasiones, de calumnias, amenazas y agresiones dirigidas en realidad a sus mayores; tuvieron que hacer frente a la escasez de alimentos, la insalubridad, las numerosas enfermedades causadas por las penosas condiciones de vida. Las sirenas y las carreras a los refugios se convirtieron en su pan de cada día, así como la angustia y el pánico provocados por los bombardeos aéreos; vivieron en carne propia las heridas de guerra y la desaparición de sus seres queridos; tuvieron que acostumbrarse a la presencia constante de la muerte a su alrededor.

Los niños, así, padecieron una guerra que no era suya, aunque muchos llegaron a asumirla como propia y acabaron participando activamente en ella, ayudando como pudieron o les ordenaron, agarrándose como a un clavo ardiendo a la ideología de sus mayores, con conciencia o sin ella. Otros muchos tuvieron que pasarla escondidos, errando de refugio en refugio de la mano de sus madres (si es que tuvieron esa suerte), encontrando a su paso tantas puertas y ventanas cerradas, tanto rechazo, tanta indiferencia que no han podido todavía olvidar la soledad en que vivieron y la lucha por sobrevivir en aquella guerra entre hermanos.

Pero las páginas que siguen hablan, sobre todo, de los que se marcharon, de quienes protagonizaron el primer exilio del pueblo español por causa de la Guerra Civil, de los más de 30.000 niños que tuvieron que abandonarlo todo para poner sus vidas a salvo. Grandes reportajes gráficos se encargaron de registrar su despedida en los puertos españoles y su llegada a aquellos países que se habían ofrecido para acogerlos. De entre todos ellos, el de Rusia despertó las mayores alabanzas y críticas, y fue el que más encendió las conciencias y sacudió los corazones, debido a lo que el régimen político de este país representaba en el marco de la encarnizada liza ideológica entre fascismo y comunismo. El exilio infantil hacia la URSS se convirtió así en el objeto predilecto de la propaganda y la opinión pública nacional e internacional. Por la importancia simbólica que tuvo dentro de la política de las evacuaciones emprendida por el Gobierno republicano en los años centrales de la guerra lo he elegido para protagonizar este libro, en el que también me ocupó, no obstante, de otras realidades paralelas (o no tanto), en otros países de acogida, así como en la España en guerra, sin las cuales no podría entenderse cómo la infancia vivió la contienda y superó las secuelas que ésta les dejó.

Los 2.895 niños que desembarcaron en los puertos de Yalta y Leningrado entre el 21 de marzo de 1937 y finales de octubre de 1938 despertaron tanto interés entonces como lo hacen ahora, 70 años después. Su historia, reconstruida a partir de crónicas periodísticas y documentos oficiales de la época, los testimonios orales y las memorias de sus protagonistas, ha recorrido el mundo. Pero en dicha reconstrucción histórica ha habido siempre un vacío que este libro aspira a llenar: los testimonios escritos que sus manos infantiles todavía temblorosas e inseguras produjeron mientras vivían una experiencia que cambió su destino y los dejó huérfanos, aun sin muchos serlo de verdad.

He rescatado para ello las cartas que estos niños escribieron durante aquellos años a sus padres, familiares y amigos, así como a algunos organismos asistenciales. Las cartas fueron para los pequeños exiliados el hilo de unión con todo aquello que habían dejado atrás. Escribir los ayudó a sentirse menos solos, a mantener el contacto con sus familias y la esperanza en el retorno, a encontrar a quienes creían perdidos, a superar los traumas y las dificultades impuestas por las circunstancias que les tocó vivir, a construir una identidad sin prescindir de las costumbres y los recuerdos del país que los vio nacer.

Con objeto de facilitar la lectura he optado por presentar las cartas de forma actualizada y corregida, obviando las distintas faltas ortográficas y errores gramaticales propios de los niños aún en fase de adquisición de la lectura y la escritura. Asimismo he incluido reproducciones digitales de algunas misivas, para quienes estén interesados en conocer su estado original.²

Estas letras salidas de las manos infantiles siguieron caminos muy distintos de los concebidos por sus autores y sus responsables en Rusia. La mayoría nunca llegó a su destino, de ahí que, como los niños, fueran palabras huérfanas; es decir, tuvieron autores, pero no lectores (remitentes, pero no destinatarios). Secuestradas por las tropas de Franco, como tantos otros documentos personales, acabaron convirtiéndose en pruebas con las que inculpar y por las que castigar a sus propietarios. Constituyen una conmovedora historia de encuentros y desencuentros, de esperanzas y sufrimientos en la que, por encima del bien y del mal, reposa la memoria de unos niños que sólo ansiaban vivir en paz y recuperar la infancia que la guerra les robó.

Junto a las cartas perdidas de los niños de Rusia, este libro rescata también otros muchos documentos producidos por niños en el extran-

jero y en España durante la Guerra Civil que permiten reconstruir aquel universo infantil: cuadernos y redacciones escolares, diarios íntimos, dibujos, postales, periódicos murales, etcétera. Huellas escritas, todas ellas que, como sus protagonistas, son parte de una historia y una memoria vivas. O, como afirmaba Robert Darnton, de una historia y una memoria resucitadas, pues volver a dar vida y voz es precisamente lo que hace el historiador cuando acomete su misión de reconstruir el pasado.³

Hace ya tiempo que la Historia, en cuanto disciplina, comprendió que para reconstruir de modo veraz una determinada época no bastaba con rescatar los nombres ilustres de los grandes hombres de gobierno, de los intelectuales, artistas y escritores de un determinado período o de los militares que ganaron las batallas que cambiaron el rumbo de la vida de miles de personas, sino que era imprescindible recuperar también la memoria de los hombres y mujeres cuyos nombres y hazañas no figuran en los libros y que hasta no hace demasiado tiempo han sido ignorados por la historiografía y, lo que es aún más importante, por los gestores de la memoria, es decir, por parte de quienes han tenido el poder de decidir qué documentación debía o no conservarse. De ahí que rastrear huellas en los archivos (con la excepción de los privados) de las personas corrientes para poder subsanar esos olvidos heredados sea como buscar una aguja en un pajar. Sin embargo, es una tarea necesaria para escribir una Historia en la que todos nos sintamos representados.

Entre los grandes olvidados de la Historia están los niños. Algo obvio, pues de ellos no se conservan apenas rastros escritos, ya que en su gran mayoría no escribieron o, si lo hicieron, sus testimonios no se consideraron importantes ni, por tanto, dignos de conservar. O al menos eso se pensó entonces. Con el tiempo, sin embargo, se ha ido descubriendo que la escritura infantil es un filón por explotar y que estudiar los documentos producidos por niños arroja luz sobre muchos aspectos que de otro modo serían difíciles de reconstruir. Por eso cada vez son más las voces que reclaman el lugar de los niños en la Historia y que afirman que la suya es una memoria posible, que puede articularse no sólo a partir de los recuerdos, historias de vida y autobiografías, sino también a través de los testimonios directos de los propios niños que han llegado hasta nosotros, como los que aparecen en estas páginas. Mi propósito es que este libro contribuya a rescatar las huellas escritas de la infancia durante nuestra Guerra Civil,

hacer ver su importancia y validez en la reconstrucción histórica y, a través de ellas, entender cómo los niños percibían el mundo entonces, cuáles eran sus sentimientos, sus miedos y sus deseos más íntimos.

No puedo acabar este prólogo sin dar las gracias a las personas que desde el principio han creído en mí y han hecho posible este proyecto. Soy consciente de que este libro sería muy distinto sin todas y cada una de ellas. Mis padres y mi hermano han sido y son los pilares de mi trabajo, no han dejado de darme ánimos día tras día, han estado siempre a mi lado para escuchar mis problemas, para ayudarme a solucionarlos, para compartir mis triunfos. Ángel me ha dado la fuerza para seguir siempre hacia delante y no desfallecer; ha compartido conmigo su tiempo y su paciencia, leyendo y corrigiendo las páginas de este libro y llenándolas de sugerencias e ideas que lo han enriquecido enormemente, como él hace con mi vida entera.

A mi editora, María Cifuentes, debo que este libro se publique y que las historias que contiene despierten por fin de su larguísimo letargo. No puedo olvidar, si de dar las gracias se trata, a todas aquellas personas (niños de la guerra de entonces) que me han regalado su historia y me han prestado sus documentos, verdaderas reliquias familiares de valor incalculable, muy especialmente a mis abuelos, a quienes este libro va dedicado. Asimismo, he contado con maestros, compañeros y amigos de los que he aprendido muchas cosas y con quienes he compartido numerosas experiencias sin las que no habría podido tampoco idear y escribir este libro: Alicia Alted, Ana Belén Andrés, Quinto Antonelli, James S. Amelang, Philippe Artières, Paco Arriero, Pedro Barruso, Jean-François Botrel, Fabio Caffarena, Carmen Castañeda, Vanessa de Cruz, Josefina Cuesta, Roger Chartier, Anne-Marie Chartier, Agustín Escolano, Juan Manuel Fernández Soria, Rubén Flores, Laura Fortea, Luz Elena Galván, David García-Hernán, Antonio Gibelli, Francisco Gimeno, María del Val González, Martyn Lyons, Juaco López, Rita Marquilhas, Blanca Martínez, Laura Martínez, Ana Martínez Rus, Pepe Monteagudo, Feliciano Montero, Davide Montino, Rosa Moratilla, Diego Navarro, Jaime Pereda, Armando Petrucci, Juan Pimentel, Dolores Pla Brugat, María del Mar del Pozo Andrés, Isabel Riofrío, Pedro Rueda, Elisa Ruiz, Carmen Serrano, Nuria Serrano, Emilio Torné, Enrique Villalba, Ana Chrystina Venancio Mignot, Antonio Viñao y, muy especialmente, Antonio Castillo, quien guió mis primeros pasos como historiadora, supervisó la concepción y la escritura de este trabajo y a quien, sobre todo,

debo el poder dedicarme a lo que más me gusta hacer: enseñar y aportar mi granito de arena en la apasionante tarea de rescatar y dar a conocer escrituras perdidas, palabras huérfanas.

Guadalajara, 25 de septiembre de 2008.